

Pirámides de Teotihuacán.

## I. LA ATLÁNTIDA

### III

Todo está en duda en el asunto de que, para entretenimiento y no para instrucción de los lectores desocupados, tratamos aquí. Yo anhelo resolver el asunto con una hipótesis, y hasta la necesidad de la hipótesis está en duda.

Con decir que los hombres aparecieron en el Nuevo Mundo como en el antiguo, ya la hipótesis no se necesita.

La hipótesis, con todo, es indispensable, según ya hemos dicho, para los cristianos, mahometanos, judíos, etc., que creen por fe en el origen de los hombres todos de un solo par: para los sabios monogenistas como Buffon, Linneo, Cuvier, Humboldt y Quatrefages, los cuales, sobre poco más ó menos, vienen á sostener lo mismo, con razones científicas; y para muchos sabios poligenistas, que niegan, ellos sabrán por qué, la virtud ó potencia del mono americano para convertirse en *antropisco* y luego en hombre.

Demos por cierto que hay tres monos antropomorfos de los que provienen tres distintas razas humanas; dos dolicocefalas, hijas, ó mejor dicho, nietas del chimpancé y del gorilla; y una, braquicefala, hija ó nieta del orangoutang. Aceptado esto, América se queda sin hombres, como allí no los importemos. El asunto de mis artículos persiste.

Quien quiere destruírmele (y confieso que me contraría) es Carlos Vogt en sus *Lecciones sobre el hombre*. Los monos, según él, se han *antropomorfoseado* por dondequiera. Del mono africano saca este señor á los negros, aunque del gorilla, que hace muchos siglos hubo de estar establecido en Inglaterra y Alemania, saca á la



gente rubia; del mono asiático saca al *negrito*; y del mono americano saca á los indios de América. Hay además otra invención, la más reciente entre los antropólogos, invención con la cual corona R. Hartmann sus profundos estudios sobre los monos, poniendo por dondequiera el origen del hombre. Éste no es ya nieto del mono, sino hermano. El padre ó tronco común de ambos, en tan donoso árbol genealógico, es un animalito llamado *driopíteco*, que dicen que hubo de parecerse muchísimo á nosotros, aunque nadie ha visto de él hasta ahora sino algunos fragmentos de huesos fósiles, por cuya virtud, y mediante la anatomía comparativa, han reconstruido los sabios todo el animal y averiguado además su vida y costumbres, sin que nada se oponga á que haya habido driopítecos en América y, por consiguiente, hombres autóctonos <sup>1</sup>.

Si algo de todo esto fuera verdad, mi gozo en un pozo. Ningún objeto tendrían mis investigaciones. Pero no hagamos caso de Vogt, ni de Hartmann, y sigamos adelante.

*Quaelibet audendi semper fuit aequa potestas:  
Scimus et hanc veniam petimusque damusque vicissim.*

Haciendo cejar á los indios en el curso de su historia, hemos llegado con los toltecas, que son los que más antigua la tienen, hasta unos siete siglos antes de Cristo. Ya entonces habían fundado los toltecas el imperio ó reino de Tulapán, al Nordeste del nuevo México. En la capital de este imperio, que se llamaba Huehuetlapalán, florecían tanto las ciencias que, advirtiéndose ciertos errores en la cronología, hubo más de cien años antes de la era cristiana, un congreso de astrónomos para reformar el calendario. La reforma se hizo, y guiados por esta reforma, por tradiciones, por pinturas y por lo que debía de decir el *Teoamoxtli* ó *libro sagrado* de los toltecas, del que tal vez tuvo copia D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, el caballero Boturini, Clavigero y otros, prolongan más hacia lo pasado la historia de los toltecas y hacen retroceder á estos indios hasta el pie de la Torre de Babel, en cuya fábrica tomaron parte. Confundidas allí las lenguas, y no entendiéndose con los otros fabricantes de la Torre, los toltecas emprendieron un largo viaje; y, poco á poco, caminando hacia el Nordeste, desde las llanuras de Senaar, vinieron á parar en el estrecho de Behring, por donde pasaron á América, siendo sus primeros pobladores.

Es evidente que, admitida esta hipótesis, el *Teoamoxtli* no es ya el *Pentateuco*. Fuerza es suponer que los toltecas le compusieron en América. Es, digámoslo así, el primer libro criollo.

Notables antiguallas americanas hallan fácil explicación en este supuesto de que los toltecas estuvieron en Babel, aunque sólo fuese de peones de albañilería. De la magnífica, si bien malograda construcción de aquel colosal monumento, salieron más

<sup>1</sup> R. Hartmann. *Les singes antropoïdes et leur organisation comparée à celle de l'homme*. L. VI. Capítulo IV, págs. 223 y siguiente.



entusiasmados que escarmentados; y así, aunque groseramente, procuraron erigir y erigieron en América obras parecidas. Tales son las construcciones de los *mound-builders*, que tanto han dado que hacer, que estudiar, que escribir y que disputar en los Estados Unidos. *Mound-builders* es como si en castellano dijésemos constructores de cerros artificiales, túmulos ó majanos. Con los libros que hay acerca de estos majanos ó túmulos se puede llenar un grande estante, dado que no quieran amontonarse para formar otro majano. La verdad es que los que se han hallado y excavado son muchos: pasan de 20.000, y se han extraído de ellos por lo menos 38.000 objetos curiosos, como puntas de flechas y hachas de piedra, que brillan en los museos arqueológicos <sup>1</sup>. Y es lo más singular que los *majaneros*, permítasenos traducir así la expresión *mound-builders*, ya en tan remotas edades fumaban en pipa. Las pipas, de que se ha hallado gran surtido, y el tabaco que los *majaneros* fumaban en ellas, no eran vicio y regalo como en el día, sino que tenían carácter religioso y litúrgico. Los dioses de aquella gente gustaban del humo, y las pipas venían á ser á modo de turíbulos con que los *majaneros* los incensaban ó sahumaban <sup>2</sup>. De aquí que se esmerasen en hacer unas pipas muy bellas, con figuras esculpidas de animales y de hombres.

Como la ignorancia es atrevida é incrédula, alguien puede sospechar que estas pipas, así como los majanos, son obra de los hurones, de los zuñies y de otras tribus salvajes, cuando los europeos habían llegado ya al Nuevo Mundo, y que en los dichos majanos se han hallado, además de las pipas, navajas, zarcillos, brazaletes y otros dijes y baratijas de evidente manufactura europea.

Yo declaro con franqueza que me incomoda este prurito que tienen no pocas personas de marchitar y desvanecer las ilusiones científicas. Por fortuna no lo consiguen.

Hay majanos de estos; túmulos, cerros artificiales, pirámides informes ó como los queramos llamar, que pasan por su grandeza, y se resisten á la suposición de que sean muy recientes. El volumen de algunos se eleva (yo no respondo de la cuenta) á más de medio millón de metros cúbicos.

Según los más peritos anticuarios de los Estados Unidos, estos monumentos (los más considerables) se levantaron por los ascendientes de los actuales *pieles-rojas*, del VI al XII siglo de nuestra Era <sup>3</sup>.

En el Yucatán y en México hay, sin embargo, cerros piramidales ó túmulos más pulidos, que pueden creerse de mayor antigüedad que los del Norte. Así las pirámides de Teotihuacán, la de Cholula, y multitud de ellas en Izamal y en las ruinas de Uxmal, de Mayapán y de otras ciudades yucatecas. Pero ¿quien sostendrá seriamente que alguna de estas pirámides es contemporánea de las de Egipto?

La mayoría de los escritores sostiene que los monumentos más grandiosos, obra

<sup>1</sup> Fiske. *The discovery of America*, I Vol. *Ancient America*, pág. 144.

<sup>2</sup> N. Joly. *L'homme avant les métaux*. París 1879, pág. 160.

<sup>3</sup> Hovelacque et Hervé. *Précis d'Anthropologie*, ps. 508 y siguientes.



de los mayas, toltecas y aztecas, no parecen más antiguos que los más antiguos majanos del Norte. México fué fundada en 1325. Y, según Fiske, Izamal y Chichén-Itzá, en el Yucatán, no deben de ser muy anteriores. Uxmal era ciudad más moderna todavía. Aunque decaída, no estaba arruinada ni desierta cuando llegaron los españoles. Según Stephens, Charnay y otros juiciosos viajeros, apenas hay monumento en el Yucatán y en Centro-América que se erigiese antes del siglo XII. Sólo á Copán y á Palenque conceden la superior antigüedad de dos ó tres siglos.

Imposible es concordar esto con lo que ya hemos dicho de la llegada de los toltecas poco después de la confusión de las lenguas en Babel. Don Crescencio Carrillo afirma además que los toltecas, convertidos ya en mayas, y capitaneados por un héroe, llamado Zamná, fundaron á Izamal, ciudad que Fiske tan moderna supone.

Tanto desacuerdo se comprende sólo, reconociendo que todo se funda en conjeturas ó bien en documentos históricos de poca ó ninguna autoridad, y asimismo en desacuerdo á veces. La imaginación más tímida se siente impulsada á echarse á volar ó mejor dicho á echarse á nado en este mar de contradicciones confusas. El señor Carrillo, por ejemplo, cita y se apoya mucho en un manuscrito maya, que él posee y llama *Códice Chumayel*, redactado con letras de nuestro alfabeto, como otros del mismo género, por un indio, ya letrado y cristiano, quien debía de mezclar las tradiciones ó materia épica difusa de su pueblo con lo que había aprendido en nuestras historias, sagrada y profana. De aquí, acaso, la torre de Babel y demás recuerdos bíblicos.

Por otra parte, este Zamná, semidiós, dios ó profeta forastero, semejante al Kukulcán, que vino más tarde, si bien algunos quieren que sea un misionero budhista, que predicó en América cuatro ó cinco siglos antes de Cristo, otros aseguran que era Votán ú Odín ó un hijo ó pariente suyo. Y en este último caso, bien puede imaginarse otra historia: pero entonces debemos poner la fundación de Izamal en el siglo X ó más cerca de nosotros. Puede imaginarse que Zamná fué algún escandinavo extraviado de la Groenlandia ó de la Vinlandia. En suma, yo creo que puede imaginarse todo cuanto se quiera. Lo único que no puede imaginarse es que los hombres, que fundaron á Izamal, fueron los primeros pobladores del Nuevo Mundo. Cuando llegaron á él los toltecas se le encontraron bien poblado, y por muy diversas naciones, lenguas y castas. Entre otras se habla de una de inmorales y desaforados gigantes, los cuales, en justo castigo de su soberbia y liviandad, fueron exterminados, en un festín por el estilo del de Damasco, aunque no sin dejar algunas reliquias. Herrera, en la Década IV, Libro X, afirma que de cierto sepulcro se exhumó el esqueleto de uno de estos descomunales seres humanos, el cual esqueleto todo se deshizo en polvo, salvo una muela que pesaba poco menos de libra y media.

Aun desechando esto de los gigantes, no es posible concebir la América primitiva, la América más allá de toda fundada noticia histórica, sino con una población heterogénea, compuesta de mil razas diversas por constitución física, idiomas, tradiciones y grados de cultura. Si en algo se parecían los indios unos á otros era en



aquello que es propio y radicalmente idéntico en todo sér humano, si no llega al último límite de la degradación. Casi todos los indios creían en las almas, y en una vida futura con infierno y gloria, allá á su modo. Y si prescindimos de la multitud de dioses que habían ido imaginando y adoptando, por dondequiera se notaban vestigios de cierto monoteísmo más ó menos grosero. El Dios principal, el único al principio acaso en la mente del indio, no era ni podía ser más que el concepto sublimado de un poderoso indio eterno á él semejante. Así es que los rezos y plegarias, que á este Dios se dirigían, rebotaban de feroz y egoísta franqueza y carecían de moralidad, como en casi todas las religiones primitivas. Freeman Clarke trae muestras de estas oraciones de indios.—«Gran Qua-hoot-zee ¡Déjame vivir, haz que yo no enferme, que persiga á mis enemigos, que no los tema, que los halle durmiendo y que los mate». «¡Gran Espíritu de arriba! Ten piedad de mis hijos y de mi mujer. No permitas que lloren mi muerte. Haz que yo tenga buen éxito en mis empresas y mate á mis enemigos y vuelva sano y salvo al seno de mi querida familia y de mis amigos, para que nos regocijemos juntos». —«Apiádate de mí, Woh-Konda! Soy muy pobre. Déjame vengar la muerte de mis amigos. Haz que venza yo á mis contrarios y que les arranque el cuero de la cabeza <sup>1</sup>.

Salvo ciertas menudencias, como la del *escalpelamiento* para condecorarse con las cabelleras de los vencidos, estas oraciones se puede decir que carecen de perversión. En el estado natural de guerra constante ¿cómo no desear y pedir á Dios que nos dé la victoria? En las naciones más civilizadas del mundo se sigue aún pidiendo á Dios lo mismo.

Donde ya se nota el progreso perverso, lo alambicado y refinado, fruto de la corrupción, es en otras religiones americanas: la de los aztecas singularmente. Es menester que el pensamiento de los hombres dé muchas vueltas, éntre por muy intrincados caminos, haga muchas evoluciones, para que venga á concebir dioses que se deleiten en aspirar el vaho de la sangre y en devorar carne humana; que se casen con una mujer y la eleven á diosa, haciendo que sus sacerdotes la maten y desuelen; y para quienes la mayor lisonja y obsequio, que todo devoto puede hacerles, es azotarse, herirse y agujerearse el pellejo hasta ponerle como una criba, según solían los más penitentes aztecas, «untando (expresión de Gómara) los hocicos de los ídolos con la propia sangre».

Todos estos refinamientos malos, y algunos buenos, que tuvieron los mismos aztecas, otras tribus del Anahuac, y más que todos los peruanos, no pueden considerarse sino modernísimos: con dos ó tres siglos de antigüedad á fines del siglo xv. Haciendo abstracción de dichos refinamientos, América estaba, cuando fué descubierta, como Europa en el último período de la Edad de piedra ó en el primero de la de bronce. Y como, salvo el imperio de las Incas, que empezaban, no debía en realidad de haber habido ningún poder unificante y civilizador, que hubiese durado, las castas de gentes aparecían más distintas que en ninguna otra parte del mundo.

<sup>1</sup> James Freeman Clarke. *A comparison of all religions*. Boston, 1884, págs. 225, 226.



Nada más vario que el hombre americano. Nada más difícil de estudiar y clasificar que la multitud de castas que, sin conocerse muchas, en completo aislamiento á veces, y sin tener noticias unas de otras, estaban esparcidas por toda América, desde Alasca al cabo de Hornos. Por el color de la piel, unas eran rojas, otras amarillas, otras cobrizas, otras morenas, otras blancas y otras casi negras. Por la estatura, sin llegar ya á creer en que hubiese gigantes y pigmeos, había hombres de todos tamaños, desde los corpulentos patagones hasta los changos pequeños.

Sin duda, en algunas de estas castas podía entreverse el parentesco con las del Antiguo Mundo. En otras no, salvo la esencial condición de ser todas de hombres. En los naturales de la América rusa y en otras tribus del Noroeste hasta California, se ve patente el origen asiático: la incursión en el Nuevo Mundo, por las islas Kuriles y Aleucias, de tártaros, kantschastkales, japoneses y chinos. Tienen la nariz ancha y aplastada, los pómulos salientes, la encarnación amarillenta, los ojos oblicuos y el cabello lacio. Algunos tienen barbas. Suele ser gente mansa y sumisa. ¡Cuán diferentes, en cambio, son los iroqueses, los criques y otros pieles-rojas, aborrecidos y rebeldes de nuestra civilización, valerosos é indómitos, y cuyo hermoso y noble aspecto los asemeja á la raza caucásica! Distintos eran también los chichimecas, toltecas y aztecas, y otros habitantes de México y de la América central, fornidos, de buen talle, morenos, con gruesos labios y frente estrecha; bravos y crueles como los pieles-rojas. En fin, en la América del Norte, había hasta tribus de piel blanca y de cabellos rubios.

En la América del Sur era aún mayor la diversidad de razas. Los araucanos chatos y de no domada cerviz; los tupíes, parecidos á los pieles-rojas; los guaraníes, pequeños, rehechos, lampiños, y con manos y pies delicados y menudos; los apiacas y los abipones, esbeltos y gallardos como los europeos; casi negros los puelches y los charruas; los aimaras, en el Perú, semejantes á los toltecas, como si procediesen de ellos; y los quichuas, dominadores de los aimaras, distinguiéndose por lo extremadamente corvo ó aguileño de sus narices <sup>1</sup>.

La contemplación de tan diversas gentes y de la barbarie á que su aislamiento del Antiguo Mundo las había traído ó en que las había mantenido, desató para describirlas la rica vena del insigne poeta brasileño Araujo Porto Alegre. En su poema *Colón*, cuando va navegando hacia América, el héroe tiene un pasmoso sueño profético. Los espíritus elementales, los genios del aire, del agua, de la tierra y del fuego,

Gnomos, ondinas, salamandras, silfos,

desenvuelven á sus ojos, en ingente y animado panorama, todo el Nuevo Mundo que va á descubrir. Sus habitantes, á lo que entiende el poeta, no pueden mostrarse á Colón sino bajo la semejanza de aquellos bárbaros, que los escritores grie-

<sup>1</sup> Alfred Maury. *La terre et l'homme*, págs. 444 á 455.



gos y latinos nos pintan, según en varias edades ó fueron domesticados por el Imperio romano ó le invadieron y destruyeron.

Aunque sea mal, voy á extractar y á traducir aquí algunos versos, á fin de dar idea del sueño.

De la escarpada sierra bajan huestes  
 Con broqueles y lanzas. Pieles visten  
 Y plumas los guerreros. Su bizarro  
 Aspecto belicoso miedo infunde.  
 Imberbes y cobrizos, sin cultura,  
 En el traje remedan y en los gestos  
 Las bárbaras falanges de otras eras,  
 Cuando era selva Europa y entre llamas  
 Cayó á los pies de Genserico Roma.  
 El Cimbrio allí con emplumada frente  
 Que marcha á combatir; el rudo Avaro  
 Que pide sangre en desacordes himnos;  
 El Alano robusto que transporta  
 El techo errante y la familia libre;  
 Enemigo del fuego el Hunno oscuro  
 Que salpica su túnica con sangre,  
 Horror de Felimer; y los Gelones  
 En el campo de Varo sus estacas  
 Mortíferas blandiendo. Allí los Pictos  
 Embijados, de humana carne ansiosos,  
 Los Agatirsos que el cabello tiñen  
 De azul, y los vampiros Sarracenos  
 Que chupan del vencido las arterias.  
 Y vió Colón también nuevos Druidas  
 Que el corazón arrancan y le ofrecen  
 Humeante al sol, y en la mitad de un lago  
 Vasta ciudad con moles esculpidas  
 Por obreros que el hierro desconocen;  
 Y pirámides altas y paredes  
 Exornadas con cráneos y cubiertas  
 De grotescas imágenes en donde  
 Adquiere forma la fealdad sublime,  
 Cuyo culto ideal se esmera y pugna  
 Por tener majestad en su fiereza <sup>1</sup>.

Acaso no poco de esta fiereza sea obra de la imaginación del vate, á fin de hacer mayor efecto por el espanto. Acaso, como ya dije en mi anterior artículo, no habría tantos indios en América: pero bastantes eran y de sobradas castas y linajes para que se haga imposible atribuir tan abundante y variada población á europeos naufragos ó extraviados, ó á colonos fenicios, cartagineses, irlandeses ó islandeses, que no consta que fundasen jamás ningún establecimiento ni muy importante ni muy durable; que solían llegar sin mujeres; y que, si llegaban, llegaban en barcas, cada una de las cuales no tenía más de treinta ó cuarenta hombres de tripulación.

Más verosímil es que América fuese poblada por el Occidente. Sin creer con serie-

<sup>1</sup> Colombo, poema por Manuel Araujo Porto Alegre, Canto III.



dad en que los israelitas ó algunos de los fabricantes de la famosa torre pudiesen venir peregrinando desde Babilonia hasta el estrecho de Behring, hay razón para sostener que no pocos colonos de otras tribus y más cercanas comarcas pasaron por dicho estrecho ó siguieron la cadena que, entre Kamchastka y Alasca, forman, á modo de pasaderas, las islas Aleucias.

Cabe asimismo en lo posible que, impulsados por los vientos, aportasen al Occidente de América algunos isleños de la Polinesia, atrevidos navegantes, que usaban grandes piraguas, capaz cada una de transportar 150 guerreros.

Consta, por último, que los chinos y los japoneses conocían y visitaban la América desde muy antiguo. Los chinos la llamaban Fu-Sang, y Fu-So los japoneses. De Guignes, Paravey y otros sinólogos, han presentado textos de autores chinos que prueban los viajes de sus compatriotas al Nuevo Mundo antes de los europeos. En el siglo v fueron á América desde el país de Ki-Pin misioneros budhistas <sup>1</sup>.

Todo esto, sin embargo, es insuficiente: no explica bien cómo América se pobló. Y así, de no suponer el autoctonismo americano, conviene abrir al torrente de la emigración más ancho y fácil cauce, allá en edades prehistóricas para los mismos europeos.

Confirma mi opinión el más ligero examen de las lenguas americanas. Su multitud asombra. Unos cuentan 1.500 lenguas: otros llegan á contar 2.000. Son tan diferentes de las del Mundo Antiguo que dice Hervás: <sup>2</sup> «El no hallarse en ellas palabras de los idiomas europeos, asiáticos y africanos, basta para que se conozca claramente que las naciones de América, sin mezclarse ni tratar con las de otros continentes, pasaron allí al suceder la dispersión del linaje humano...»

Ni veo yo que Hervás, como asegura Max Müller, reduzca todas las lenguas americanas á once familias: cuatro para el Sur y siete para el Norte <sup>3</sup>. Lo que dice Hervás es que, á pesar de la diversidad y muchedumbre de lenguas que hay en América, pues no hay tantas en todas las demás naciones conocidas de todo el orbe, y eso que en América faltaba aún, en tiempo de Hervás, no poco por descubrir, se puede decir que hay once naciones principales, que han impuesto sus idiomas á la mayor porción de aquel Mundo. Son éstos once idiomas: en la América del Norte, el mexicano, el tarahumaro, el pima, el hurón, el algonquín, el apalachín y el groenlándico; en la América del Sur, el araucano, el guarani y el quichua; y el caribe, que en ambas Américas se habla. Nada de lo cual significa que Hervás convierta dichas once lenguas en madres de las otras. Al contrario, Hervás halla tan extraordinaria la diferencia de ellas entre sí y con relación á las del Mundo Antiguo, que deduce de ahí el pase de los primeros pobladores á América en edad remotísima y prehistórica; y, si bien considera posible la población de la América del Norte por el estrecho de Behring, no cree lo mismo de la América Meridional. «Las lenguas, dice, de las

<sup>1</sup> *A de Quatrefages. L'espèce humaine. Migrations par mer en Amérique.*

<sup>2</sup> *Catálogo de las lenguas, Tratado I, pág. 113.*

<sup>3</sup> *Max Müller. La science du langage, pág. 66.*



naciones de esta no me dan el menor fundamento para conjeturar que ellas hayan pasado por la América Septentrional: por lo que, sin pasar por ésta, debieron haber entrado en la América Meridional, lo cual no pudo ser sino suponiendo la unión del África con ella por medio de la famosa Isla Atlántida, de cuya sumersión se encuentran aun señales indudables en el mar... »<sup>1</sup>

Sin duda consistió el que se conservasen tantas lenguas y tal vez el que naciesen otras, ó en el aislamiento de las tribus ó en la guerra perpetua en que vivían, ya que las lenguas que no se escriben cambian fácil y rápidamente: más, á pesar de todo, yo no me atrevo á dar crédito á lo que afirman algunos autores sobre la rapidez de estos cambios. Cuentan que hubo misioneros que, después de haber recogido con gran cuidado y diligencia todo el léxico del idioma de una tribu y estudiado además las formas gramaticales de dicho idioma, tuvieron necesidad de ausentarse; y cuando volvieron ó enviaron á otros, con los citados léxico y gramática, hallaron que ya no entendían á aquellos salvajes, porque habían adoptado ó inventado otro idioma enteramente distinto<sup>2</sup>.

Personas doctas, para demostrar que la lingüística más que de las ciencias naturales es ramo de las ciencias psicológicas y políticas, y que en el habla importan más que el organismo la inteligencia y la voluntad, ponen como ingenioso argumento que los animales no mudan sus gritos y voces, porque si un perro vive entre vacas sigue ladrando y no muge, y si un toro vive entre caballos brama y no relincha, mientras que el inglés, si vive en España, sale hablando castellano, y el español, si vive en Grecia, acaba por hablar griego. Pero el argumento no tiene, á mi ver, bastante validez, y siempre deja mucha prueba en favor de que en el lenguaje hay también algo de orgánico. Es general en todos los pueblos la constancia para conservar el idioma nativo, por donde yo no puedo creer que los indios cambiasen con tal rapidez su lenguaje, aunque éste no tuviese literatura. Apenas la tiene el vascuence y aun persiste entre españoles, desde hace acaso tres mil ó más años. Entre las conquistas de los romanos de lo que yo más me maravillo es de que impusiesen el latín á las naciones que sujetaron á su imperio, si bien procuro explicármelo imaginando cierta afinidad con el latín en las lenguas que hablaban antes de la conquista romana dichas naciones. En América misma, con todo su despótico poder y su obstinado empeño, los Incas no lograron imponer la lengua quichua á los pueblos vencidos; y, aun en quienes la impusieron fué de modo tan violento y efímero, que, no bien disuelto por Pizarro el imperio del Perú, el quichua se fué abandonando ú olvidando y volvieron á hablarse sólo los antiguos idiomas de las varias tribus. De ello se lamentaba el padre Blas Valera, citado por Garcilaso, ya que, con tanta variedad de idiomas, y sin la lengua oficial del Cuzco, era harto difícil entenderse con los indios del Perú y evangelizarlos.

Patente queda, pues, que los muchos idiomas de América, más que de la inventiva

<sup>1</sup> Hervás. *Catálogo de las lenguas*, Tratado I, págs. 393, 395 y 396.

<sup>2</sup> Max Müller. *La science du langage*, pág. 66.



y volubilidad *glótica* de los indios, proviene de tenacidad en conservar el habla de sus mayores.

Todo da indicios, y más que nada los idiomas, no del autoctonismo, pero sí de la antigüedad, aunque apenas con historia, de las naciones americanas. Así su muchedumbre, su poco parecido á las del mundo antiguo, y hasta el carácter primitivo de algunas lenguas, que son monosilábicas, como la otomí y la pamé, y la singular condición polisintética de otras, que llaman holofrásticas, porque aglutinan los vocablos, desfigurándolos y mermándolos, para que expresen juntos ideas complejas en palabras de extraordinaria longitud á veces.

Sirva de ejemplo, el nombre de una ciudad del reino de Acolhuacán, que se llamaba *Achichilacachocán*, lo cual dicen que significa *sitio en que los hombres lloran porque el agua está colorada*; y también los nombres de ciertas dignidades sacerdotales, pues, á la manera que tenemos nosotros en las catedrales el deán, el doctoral, el lectoral y el arcediano, en México tenían, en los templos, el *atenpanteohuatzin*, el *tezcatzoncatlometochtli*, el *omotochtliyahqueme* y los *monauhxiuhcauhques*, de quienes se cuenta que hacían penitencias terribles, lo cual se explica con sólo que tuvieran que pronunciar á menudo el nombre que llevaban. El infierno mexicano estaba dividido, como el del Dante, en zonas, regiones ó departamentos, con no menos variada profusión de suplicios: y el séptimo de estos departamentos se llamaba el *izmictlanapochcalocán*, ó sea, como si dijésemos en un solo vocablo, *lugar de los muertos donde hay agua y humo*.

El idioma que en Europa se parece más á las lenguas americanas aseguran los filólogos que es el vascuence, que es también el más primitivo.

Diré ahora, en resumen, lo que yo infiero de lo dicho hasta aquí. Infiero que de los documentos americanos pintados, de antes del descubrimiento, nada se sacaría en claro si de antemano no se supiese por tradición oral casi todo lo que se saca: que todos los documentos escritos, códices, libros sagrados, remedando los de la Biblia, etcétera, son posteriores al descubrimiento; que de la historia de América poco se sabe de fijo que vaya más allá de tres ó cuatro siglos antes de Colón; y que, según los más razonables arqueólogos, no hay templo, ruina, pirámide, majano, ídolo, ni vaso en América, de que pueda afirmarse que sea anterior al siglo x ó al ix de nuestra Era. Pero infiero también por la muchedumbre de razas, por la extraña diversidad de idiomas, por el patente aislamiento de los indios, salvo las momentáneas y confusas apariciones de profetas y legisladores extranjeros, y por tradiciones míticas pertinazmente conservadas, que, si prescindimos de pequeñas colonias, que en edades históricas, después de Budha y de Cristo, han podido llegar, por Alaska y por Groenlandia, los indios en su mayoría estaban en América desde una época remotísima y enteramente prehistórica para el antiguo mundo.

Viene en apoyo de esto cierta civilización superior y anterior á las de los Incas, toltecas y aztecas, de la cual hay vestigios y recuerdos tan vivos que constituyen certidumbre, y que desde la América central hubo de dilatarse á la del Sur y á la del



Norte. Para los hombres, que conservaban algo de esta civilización, aunque ya harto decadente, el dominio de los Incas en el Perú pudo ser como el de los ostrogodos en Italia, y la llegada al Yucatán y á México de los chichimecas, toltecas y aztecas, como la invasión de los bárbaros del Norte, respecto á la civilización greco-latina.

Esta muy antigua y tradicional civilización de América hubo de tener su principal asiento y primer foco en el Yucatán, en donde Landa y otros historiadores aseguran que fué importada por mar desde grandes islas que había hacia el Oriente. Y más confirma aún la hipótesis de la Atlántida lo que referían por tradición los yucatecos acerca del gran Imperio de Xibalba. Coincidiendo con lo que refiere Platón, contaban los indios que el mencionado Imperio estaba gobernado por dos reyes supremos, los cuales tenían bajo sus órdenes á otros diez reyes, cada uno de ellos señor de un gran reino, y formando todos juntos una confederación poderosa, que llegó á dominar el mundo entero, hasta que ocurrió un espantoso cataclismo y el Imperio de Xibalba se hundió en el Océano.

Después de hundida Xibalba ó sea la Atlántida, ¿quién sabe lo que pudo durar y duró la civilización que en América los atlantes dejaron? Desde la época en que, si damos realidad al mito, hay que poner la sumersión de la Atlántida, hasta la época en que empiezan las historias americanas, además harto inseguras y discrepantes, hay un intermedio de dos ó tres mil años ó más.

Un eruditísimo historiador mexicano de nuestros días dice <sup>1</sup> que la vieja civilización del Sur (supongamos que fué la de los atlantes) desapareció al impulso de las tribus que vinieron del Norte, á las cuales, convertidas luego en naciones poderosas, encontraron los conquistadores españoles.

Prescindo de las enormes discrepancias de los historiadores de la antigua América. Yo me inclino á creer, aunque apenas me atrevo á declararlo para que no se enojen y me tilden de ignorante, que cada uno dice lo que se le antoja, apoyado en pinturas ó en algún precioso códice, que ha visto ó posee, escrito siempre por algún indio, ya cristianizado, y á cuya fantasía cronológica el P. Petavio ó algun sabio antecesor suyo suele cortar las alas.

¿Cómo conciliar lo que dice el Sr. Chavero de la llegada de los toltecas en el siglo v con lo que afirma el obispo Carrillo de que los mayas eran descendientes de los toltecas y ya fundaban ciudades en Yucatán, antes de que Roma fuese fundada?

De cualquier modo que sea, para que lo de la Atlántida tenga visos de verdad es indispensable saltar por cima de todas estas desacordes historias é ir mucho más allá, en lo pasado, con el apoyo de otro género de documentos, indicios y razones. Es menester interpretar las mitologías y dar á varias narraciones cosmogónicas un valor histórico. Y és menester no oponerse, por ejemplo, á que los anales hieroglíficos aztecas de los soles ó cataclismos abarquen un período de 18 ó 20.000 años, donde ya puede uno estar á sus anchas, extenderse y poner cuanto quiera.

Pongamos nosotros el más antiguo de los mencionados soles ó cataclismos: el lla-

<sup>1</sup> Alfredo Chavero. *Explicación del Códice hieroglífico de Mr. Aubin*, pág. 37.






























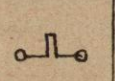

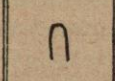

mado *Atonatiuh* ó *sol de agua*. En él pereció ahogada casi toda la humanidad. «El relato bíblico, dice el Sr. Chavero, nos recuerda este cataclismo en el diluvio. La ciencia lo refiere á la separación de los continentes y al hundimiento de la Atlántida»<sup>1</sup>.

Véase, pues, como los autores más entendidos y versados en cosas americanas vienen á parar todos en la Atlántida, aunque por diferentes caminos.

Todavía me queda por tratar del argumento, á mi ver, más poderoso en favor de la existencia del Imperio de los atlantes y de la difusión por ambos mundos de su dominio y cultura. Lo que me aflige es que la base de este argumento ofrece enormes dificultades para tratada por mí. Es muy científica y yo soy hombre de poquísimas ó ninguna ciencia, y hasta ahora los hombres verdaderamente científicos apenas la han tratado y dilucidado. Me refiero al alfabeto de los mayas.

Nos conservó este alfabeto la inteligente laboriosidad de fray Diego de Landa. El manuscrito, que le contenía, estaba custodiado en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia, en Madrid, de donde le tomó y publicó, en 1864, el abate Brasseur de Bourbourg<sup>2</sup>.

Los veintisiete signos fonéticos de este alfabeto se ve claro que fueron ideográficos en un principio. Convertidos después en letras, hubieron de simplificarse, perdiendo gran porción de los rasgos del dibujo. Ignacio Donnelly los simplifica más aún, abstrae de cada letra los rasgos más característicos, y, hecha esta ingeniosa operación, compara las abstraídas le-

1  a	10  i	19  p	
2  a	11  oa	20  pp	
3  a	12  k	21  en	
4  b	13  l	22  ku	
5  b	14  l	23  ch	
6  o	15  m	24  x	
7  t	16  n	25  u	
8  e	17  o	26  u	
9  h	18  o	27  z	
 Signo de negacion : M á	 Sílabas Ti.	 Signo de aspiracion.	 há.

Alfabeto maya.

<sup>1</sup> *Explicación del Códice de Mr. Aubin*, pág. 29.

<sup>2</sup> He de insistir aquí, aunque sea sobrada insistencia, en que no aspiro á enseñar nada, sino á divulgar noticias muy sabidas de los doctos, y á levantar, en terreno apenas explorado aún por la verdadera ciencia, un edificio más novclesco que científico, cuyos cimientos los pongan Donnelly, Roisel y otros autores de más imaginación que juicio.

No se me culpe, pues, si doy por legítimo y valedero el alfabeto de los mayas.



tras mayas con las correspondientes de los más primitivos alfabetos de nuestro hemisferio, y encuentra entre ellos notable parecido. ¿Será, pues, antiquísimo el alfabeto de los mayas? ¿Provendrá del de los atlantes, ya que no sea el mismo? ¿Le llevarían los atlantes, en sus conquistas y excursiones, á los egipcios y á los sidonios, desde donde, modificándose más tarde, iría á dar origen á las letras etiópicas, hebraicas, griegas y latinas?

Se da por probado que todos ó casi todos los alfabetos proceden del fenicio y que éste procede de hieroglíficos egipcios, de los cuales tomaron los cananeos, cuando reinaron en Egipto los Hiksos ó Pastores, cierto número de caracteres que respondían á las articulaciones fundamentales de su idioma: pero ya los mencionados hieroglíficos egipcios habían de constituir un alfabeto, ó sea una serie de signos fonéticos, ó de letras. Si hemos de creer que los atlantes las introdujeron en Egipto, antes de que la Atlántida se hundiese, esto hubo de ser tres ó cuatro mil años antes de nuestra Era. Puede suponerse además que los atlantes llevaron su alfabeto, no sólo á Egipto desde donde se difundió, sino también directa é inmediatamente á otras regiones, ya que hay alfabetos, en el antiguo Oriente, que se parecen más que el fenicio al maya. Tal es el de una inscripción de un rey de Cilicia, llamado Tarcondemo,

Sin embargo, me arañan y escarban la conciencia ciertos escrúpulos, y voy á ver si los desecho ó los emboto con varias aclaraciones y no para poner nada en claro sino para que no se note lo contradictorio y oscuro.

Hay un idioma vivo que hablan aún muchas personas en todo el Yucatán. De este idioma tenemos más de trece gramáticas y más de diez y siete diccionarios, y tenemos además códices é inscripciones, y por último, un alfabeto que nos da el P. Landa.

Cualquiera, que no entienda de americanismo, podrá decir, y conviene evitarlo: «Pues entonces no hay más que aprenderse bien las veintisiete letras de dicho alfabeto y leer de corrido cuantas inscripciones y códices se presenten».

Para que el que esto diga no se lleve chasco, debemos advertirle que probablemente no leerá nada. Los códices y las inscripciones no están redactados sólo con las letras, sino también con signos figurativos y con signos simbólicos. Y como no ha podido averiguarse, que yo sepa, en qué proporción ó dosis entran en tan confusa mezcla los varios elementos que la componen, y si hubo alguna vez reglas para combinarlos ó sólo se obedeció al mero capricho, resulta que muchos sujetos que deben saber la lengua de los mayas, y que saben las veintisiete letras y además bastantes signos, se ponen á leer los códices y las inscripciones y no leen nada, escamándose y recelando que todo pudo ser una burla, preparada por los indios para vengarse de los europeos que iban á conquistarlos. Es cierto que hay códices, posteriores á la conquista, que se han traducido y explicado, ó porque están con menor malicia ó más en orden ó porque tienen un poco de interpretación en letras de nuestro alfabeto. Así, v. g., ha traducido y publicado el arqueólogo yucateco Sr. Pérez un manuscrito maya, posterior probablemente al año de 1560, que es una *Relación de las principales épocas de la historia del Yucatán*. Pero, en cambio, todo códice anterior ó compuesto por indio más malicioso, suele quedarse sin que nadie le entienda.

El Sr. León de Rosny, con ser tan eminente filólogo, se ha afanado en balde por leer algunos y no lo ha conseguido.

Es interesante su *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América central*; pero me parece que, después de estudiado el *Ensayo*, los profanos, al menos, tenemos que quedarnos con la gana de saber si esta escritura hierática se lee de arriba abajo, de abajo arriba, de izquierda á derecha, de derecha á izquierda, ó *boustrofedon* ó dígase culebreando. También se ignora si tales códices son dos ó si es uno partido en dos; y si es uno, cómo debe unirse, y cómo debe leerse, si empezando la lectura por la primera página, por la última ó por la del medio.

Lo expuesto trae á la memoria ciertas composiciones laberínticas, que insertan en sus obras Rengifo y otros, ya que dichas composiciones se leen por todos lados, y estos libros y *katunes* mayas, aunque no se lean por ninguno, pueden leerse, lo cual viene á ser lo mismo. Lo que importa es hallar la clave ó el pintiparado



que vivió siete siglos antes de Cristo. En esta inscripción, que nadie ha podido entender hasta hoy, las letras están aún llenas de complicaciones, y figuras y rostros humanos, como las letras de los mayas.

En suma, Ignacio Donnelly utiliza y alambica tanto, que casi nos hace creer que el alfabeto de los mayas es el más antiguo en toda la tierra.

Véase aquí otra demostración.

Los egipcios decían que el dios Thot había inventado el alfabeto, y como este Thot es el Hermés de los griegos y el Mercurio de los latinos, y Mercurio era hijo de Maya y nieto de Atlas, viene á resultar que el alfabeto primero fué el de los hijos de Maya y nietos de Atlas, ó dígase el alfabeto de los mayas y atlantes.

Para que no nos confundamos, para que no caigan en error los poco curtidos en estas ciencias, importa distinguir la escritura en general de la particular alfabética. Pudo escribirse, y se escribió, con miles de signos ideográficos como escriben aún los chinos, ó con centenares de signos, expresando sílabas, como escribieron los antiguos caldeos, los asirios, persas y otros pueblos que emplearon la escritura cu-neiforme; pero esto nada tiene que ver con el alfabeto que conservaban los mayas y que fué inventado y difundido por los atlantes. Los atlantes mismos acaso no le in-

ajonjolí para abrir la puerta, romper el sigilo y apoderarse del tesoro. Tiempo ha que el Sr. León de Rosny anda buscando la clave y puede que al cabo dé con ella.

Entretanto, la incapacidad ó insuficiencia del alfabeto del P. Landa para hallarla ha inducido á varios americanistas á sospechar que dicho alfabeto sea pura invención española, cuando no total, parcial: esto es, que algunos celosos misioneros compusiesen el alfabeto maya, tomando ciertos signos hieroglíficos y convirtiéndolos en letras, á fin de enseñar á los indios la doctrina cristiana de un modo que les fuese familiar y agradable.

Si esto hubiera sido así, el alfabeto maya ó no existió antes de la llegada de los españoles ó no sirvió para escribir cosa alguna fonéticamente, y entonces toda su antigüedad y cuantos argumentos en su antigüedad se funden caen lastimosamente por tierra.

Algo se inclina á tan desconsolador parecer el Sr. León de Rosny: pero el Sr. Rada y Delgado, en el discreto prólogo y eruditas notas, que ha puesto en la hábil traducción y magnífica edición que ha hecho de la obra del sabio francés, aboga en pro de la validez y autenticidad del alfabeto de Landa, con muy poderosas razones, que nos convencen y tranquilizan.

«No puede sostenerse, dice, ni por un momento que este alfabeto no sea el de los mayas, sino inventado por los misioneros para entenderse con los indios, tomándole de sus antiguos hieroglíficos. Á tan gratuito aserto se opone terminantemente el texto del manuscrito (el del P. Landa) cuando dice que *usaban también estas gentes de ciertos caracteres ó letras, con las cuales escribían en sus libros sus cosas antiguas e ciencias*, pues, si las usaban ya, á la llegada de los españoles, no pudieron ser inventadas por éstos.» Dice también el Sr. Rada que, según Landa, el alfabeto maya carecía de algunas de nuestras letras, porque carece su lengua de los sonidos que expresan, pero que en cambio tenía otras letras para expresar sonidos que nosotros no tenemos, y dice además que los misioneros aprendieron á leer y á escribir con este alfabeto. Después de las cuales declaraciones no se comprende cómo nadie se atreva á dudar de la legitimidad del alfabeto maya.

Que el Sr. Rosny no entienda aun los manuscritos, nada prueba contra el alfabeto. ¿Por qué, además de la escritura hierática, llena de hieroglíficos, donde (me valgo de las palabras del Sr. Rada) escribirían los sacerdotes *de una manera misteriosa y al alcance sólo de la clase sacerdotal*, no había de haber otra escritura demótica, cursiva y exotérica, ó sea, al alcance de todos, y en que se emplease sólo el alfabeto, con pocos signos ideográficos? Nosotros mismos, en nuestra escritura, empleamos multitud de signos ideográficos, y no por eso duda nadie de que tenemos un alfabeto. Por ejemplo, tenemos, sólo en Aritmética, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 0, y todas sus infinitas combinaciones; y tenemos +, -, ±, ×, √, :, <, >, etc., lo cual no impide que tengamos también un abecedario, con el que se expresa todo.

Quedamos, pues, en que hay alfabeto maya y en que se escribió ó se pudo escribir con él, hasta sin ideografía, y no sigo adelante para no ser prolijo, aunque pudiera decir mucho todavía.



ventaron sino que acertaron á conservarle como el resto de más valor y utilidad de la primera civilización humana, anterior á todos los diluvios, hundimientos y torres de Babel, que hubo ó pudo haber habido.

Los turdetanos, por testimonio de Estrabón, tenían poemas y códigos escritos, con siete ú ocho mil años de antigüedad: en la India se hablaba de un libro compuesto por el primer avatar de Vishnú, y que el mismo dios salvó del diluvio, convirtiéndose en pez y sacándole del fondo del agua: los rabinos hacen literatos á Seth y á Adam, y afirman que dejaron libros escritos por ellos; y los druidas se jactaban también de autores célticos antidiluvianos, que no sé bien si se llamaban Hu y Perylit ó algo por el estilo.

Ninguno de estos libros se conserva ya en biblioteca pública ni privada por rica que sea. Todos, por desgracia, se han perdido. No debemos extrañar, por consiguiente, que se hayan perdido del mismo modo los libros mayas, escritos con el mencionado alfabeto, y sobre todo los libros atlantes.

Cuenta Platón que en la Atlántida se ponían las inscripciones en columnas de bronce y en láminas de oro: bizarría y magnificencia que han de haber contribuído á que todo ello se pierda, ya por lo pesado, ya por lo rico del material, que se habrá sumergido para siempre ó se habrá derretido para provecho ó remedio de algún ignorante necesitado que lo hallase.

Más acertados y modestos anduvieron, por ejemplo, los acadés, ó sea los inventores de los signos cuneiformes ó los que de ellos se servían desde antes de Likbagas, rey de Ur, los cuales eran los más aficionados á escribir, entre los hombres que formaban el antiquísimo Imperio de Kiprat-arbat ó de las cuatro razas ó de Arbalisún ó de las cuatro lenguas. Éstos escribieron sus libros en ladrillejos muy delgados y bien cocidos, que se han conservado hasta hoy. Muchos se guardaban en la Real Biblioteca de Asurbanipal, rey de Asiria. Allí los halló el Sr. Layard, á quien todos hemos conocido cuando estuvo aquí de embajador de Inglaterra, adonde los llevó, depositándolos en el Museo Británico. Aunque la lengua acadé era ya lengua muerta, ocho ó seis siglos antes de Cristo, cuando reinaba el citado Asurbanipal, quien tenía los libros como tenemos nosotros libros en latín, los sabios de ahora se han afanado tanto y con éxito tan dichoso, que han resucitado la lengua acadé, de la familia de las turaníes y algo parecida á la vascuence, y han traducido los libros escritos en ella, muchos de los cuales circulan por ahí en francés, para que los lea cualquiera <sup>1</sup>. Ojalá pudiéramos hallar algún *libro atlante* y traducirle del mismo modo.

Yo no creo que exista ya libro atlante. Me parece, aunque no me atrevo á afirmarlo, que no existe libro maya tampoco, escrito con el propio alfabeto: pero en fin, no poco se sabe ó se imagina de los atlantes y voy á ver si atino á ponerlo aquí con claridad y en compendio.

Para conseguirlo tendré que remontarme á no pequeña antigüedad: tendré que volar con la imaginación más allá del año de 2350 antes de Cristo, en el cual se

<sup>1</sup> François Lenormant. *La Magie chez les Chaldéens et les origines accadiennes.*

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA



derritieron y derrumbaron los hielos del polo Norte; se abrieron, por la gran sacudida, anchas y hondas grietas en la corteza de nuestro globo; las islas de Rodas y Samotracia estuvieron á punto de ser tragadas por el mar; el Bósforo se abrió sin necesidad de ningún Lesseps; se secó un mar que separaba la China de la Mongolia; y, por último, se hundió la Atlántida, bajo las ondas encrespadas del mar que conserva su nombre.

Todo esto lo refiere con la mayor exactitud en la fecha, y con la misma puntualidad que pudiera tener un testigo ocular, el Sr. G. Rodier, en su amenísima y sorprendente obra, titulada *Antigüedad de las razas humanas*. Bien puedo yo ir más lejos, y contar lo que sucedía en la Atlántida antes de que se hundiese, en aquel aciago año de 2350. La época es reciente, si la vemos en las tablas cronológicas del señor Rodier, que empiezan 24.000 años antes de Cristo, y que ya, hacia el año de 8000, ponen una invasión de los atlantes en el Mediterráneo, la cual fué rechazada por los egipcios, auxiliados de los primitivos griegos ó jaones. Pero todo esto bien merece otro artículo, que he de procurar sea el último y que termine esta serie.

JUAN VALERA



Pipa hallada en un túmulo americano.